

Puente entre dos corazones

Érase una vez, en un pueblecito entre las montañas y el mar, un joven italiano llamado Adrián. Tocaba el violín en la plaza cada noche y su música hacía que bailaran las estrellas.

Un día, una joven española Soledad llegó con su familia que se pasaba el tiempo viajando. Estaba vendiendo flores en el mercado y reía como el sol. Todas las mañanas, Adrián compraba una rosa solo para ver sonreír a Soledad. Después, cada noche, Soledad se paraba a escuchar su música. Poco a poco, empezaron a enamorarse con los ojos, los gestos, las sonrisas.

Sin embargo un día, Soledad tuvo que marcharse con su familia. Antes de irse, puso una rosa en el violín de Adrián con un papel escrito :

« Nuestros caminos se separan, pero nuestros corazones se acordarán. »

A lo largo del tiempo, solían encontrarse en el viejo puente del pueblo. Adrián tocaba melodías que nunca tocaba para nadie. Soledad contaba historias de su país, describía las fiestas con muchos colores, mercados, bailes divertidos. Adrián la escuchaba con fascinación, como si cada palabra abriera una ventana hacia un mundo nuevo. Una noche, cuando el cielo se puso rosa, Soledad pronunció algunas palabras en italiano. Los habitantes del pueblo a veces observaban desde lejos a un músico italiano y a una florista española. Los dos jóvenes parecían crear un universo solo para ellos. Una tarde, Soledad le dio a Adrián una pequeña flor seca que tenía con ella desde la infancia. « Siempre he tenido suerte gracias a esa flor ».

Pero un día Adrián tocó una melodía final para despedirse de Soledad.

Soledad disfrutó del último momento con él y luego se fue.

